

CUBA Y MÉXICO¹

Pedro Núñez Mosquera

En ocasión de clausurar hoy la Jornada por la Cultura Cubana en México, deseo compartir con ustedes algunas reflexiones como breve reseña y acercamiento al tema.

Entendemos por cultura, de manera muy general, al conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan a una sociedad o grupo social en un período determinado. Se trata de un concepto muy amplio que encierra el modo de vida, las manifestaciones del arte, los sistemas de valores en los que creemos y por los que guiamos nuestro quehacer diario, la percepción que tenemos sobre los derechos humanos, las tradiciones, las creencias, el desarrollo científico técnico y económico social, etc.²

En todos esos aspectos Cuba tiene una marcada peculiaridad. Es un caso singular en América Latina, como también lo es Puerto Rico. No es casualidad que con la Batalla de Ayacucho, en 1824, se haya puesto fin al dominio colonial español en este continente, menos en Cuba y Puerto Rico, que comenzaron a luchar por su independencia de España más de 40 años después, en 1868. ¿Se han preguntado ustedes por qué? ¿Se han preguntado ustedes por qué las banderas de Cuba y Puerto Rico son tan similares? ¿O por qué, a pesar de la fuerza que va ganando el balompié, para decirlo en buen cubano, sigue siendo la pelota, también en buen cubano, nuestro deporte nacional?

Hay que recordar que, a diferencia de lo que aconteció en otros países de nuestra región, la población aborigen cubana fue exterminada casi por completo en 30 años, después del “descubrimiento” y el inicio de la conquista de la isla. Pensaban los colonizadores que en Cuba también había oro y plata en grandes cantidades, como ocurría en otros de los países “descubiertos”; y obligaron a los aborígenes de Cuba a trabajar duramente en las minas lo que, junto a las enfermedades que trajeron los conquistadores, contribuyó a su desaparición casi total. Se

introdujo la caña de azúcar y la mano de obra esclava africana, lo que conformó el modo de producción cubano de los primeros siglos después del “descubrimiento”. Esos hombres y mujeres desarraigados del lugar donde nacieron constituyeron un elemento fundamental en la conformación de la cultura cubana.

Son varios los factores que explican la demora del inicio de la lucha de los cubanos por su independencia. Me voy a referir solamente a dos de ellos, que considero fundamentales: el temor de los dueños de ingenios productores de azúcar a una rebelión de los esclavos, como había sucedido en la vecina isla de Haití con la revolución que tuvo lugar en ese país entre 1791 y 1804; y los apetitos anexionistas de Estados Unidos, pues recuerden que todo el Sur de ese país era esclavista hasta la Guerra de Secesión; y esas fuerzas querían anexarse a Cuba y Puerto Rico para tener dos votos más en el Congreso de la Unión.

Ahí está la raíz del dilema de Cuba: independencia o anexión a los Estados Unidos. Ese es el dilema de los cubanos, incluso antes de que cuajara nuestra nacionalidad. Es un dilema que nos ha marcado en todos los aspectos de la cultura; y que nuestro pueblo resolvió definitivamente el primero de enero de 1959.

Para los cubanos, como señalara la destacada intelectual Graciela Pogolotti, “forjados en un largo batallar contra el coloniaje, cultura y nación andan juntas. Acción y pensamiento se alimentan mutuamente en el proceso de pensar y hacer un país en tierra de huracanes, siempre amenazada, tanto por la furia combinada de los vientos y los mares como por el apetito rapaz de quienes, nunca resignados, han intentado, una y otra vez, apoderarse de la Isla.”³

Eso está en la raíz de la cultura cubana. Ha sido fundamental en la toma de conciencia de nuestro pueblo, en su espíritu de resistencia, en la manera como defendemos los principios de independencia, soberanía y no intervención; en la defensa de nuestra Revolución. Todo esto ha ido acompañado durante siglos por ese proceso que Don Fernando Ortiz llamó transculturación, y que incluye al indio, al africano y al español; pero que

¹ Ponencia presentada en el Museo Nacional de las Culturas del Mundo en la Ciudad de México, el 11 de noviembre del 2017, en ocasión de la clausura de la Jornada por la Cultura Cubana, organizada por la Embajada de Cuba en México.

² Para más detalles ver ECURED

³ Graciela Pogolotti, en la Jornada de la Cultura Cubana, Granma, 15 de octubre del 2017.

también tiene algo de asiático y de las culturas de otras regiones. Fueron, sin embargo, las tres primeras; y principalmente la segunda y la tercera, es decir, la africana y la española, las que dejaron la huella más profunda en la cultura cubana. Ellas están presentes en todas las manifestaciones del arte cubano.

De manera que ese dilema histórico de independencia o anexión al que me refería; y esas raíces culturales que he señalado, es lo que hizo posible que ya en el siglo XVIII se hubiera desarrollado en Cuba un sentido de pertenencia muy fuerte, el del criollo. Fue producto de un permanente proceso de transculturación, donde todo se fue imbricando para dar lugar a algo nuevo, lo propiamente cubano, una cultura diferente a la de sus raíces, pero conservando lo mejor y más significativo de ellas.

De esa manera se llegó al concepto “Patria”, que como señalara el Héroe Nacional de Cuba, José Martí, “no es más que el conjunto de condiciones en que pueden vivir satisfechos el decoro y bienestar de los hijos de un país”.⁴ Por alcanzar ese ideal, por alcanzar esa Patria con independencia, soberanía y dignidad para todos, comenzó la guerra de independencia de Cuba en 1868, que consolidó el proceso de formación de la nacionalidad cubana. Esa lucha se extendió durante varias etapas hasta el triunfo definitivo el primero de enero de 1959.

En sus primeras etapas, los cubanos lucharon heroicamente durante 30 años por la independencia. Esa lucha fue truncada en 1898 por la intervención de los Estados Unidos en la guerra, la ocupación militar de nuestro país hasta 1902, y la imposición de la Enmienda Platt. Pasamos de colonia de España a semicolonias de Estados Unidos, que inauguró así en Cuba el neocolonialismo y el establecimiento de bases militares en el exterior.

En todo este período hubo una fuerte interrelación entre Cuba y México. Tenemos profundas raíces culturales, en toda la extensión que la palabra cultura encierra. Los investigadores han señalado que algunos de los Virreyes de la Nueva España se desempeñaron primero como Capitanes Generales en la isla de Cuba; y resulta interesante constatar que uno de los Virreyes novohispanos, el segundo Conde de Revillagigedo, nació en Cuba.

El eclesiástico mexicano Francisco Javier Alegre enseñó retórica y filosofía en el colegio de los jesuitas en La Habana entre 1755 y 1762; y el cubano José Martín Félix de Arrate, uno de nuestros primeros historiadores, estudió leyes en el colegio mexicano de San Ramón Nonato. Cuando a partir de 1778 se promulga en España el reglamento para el libre comercio con las colonias, como parte de las reformas borbónicas, el tráfico marítimo entre

Existe una fuerte interrelación entre Cuba y México. Tenemos profundas raíces culturales, en toda la extensión que la palabra cultura encierra

Veracruz y La Habana se incrementó considerablemente; y junto a los productos de carácter comercial, hubo también un intenso flujo cultural y educativo.

México dio abrigo y amparo a los patriotas cubanos que luchaban desde el Siglo XIX por resolver nuestro dilema histórico, en favor de la independencia. Es preciso mencionar al poeta José María Heredia, quien vivió, trabajó, enseñó, escribió e hizo política en México. ¿Cómo no recordar su poema “En el Teocalli de Cholula”? No había cumplido aún los 17 años de edad; y desde lo alto de la Pirámide, se inspiró con la maravillosa vista que tenía ante sus ojos, “bella la tierra que habitaban los aztecas valientes” escribió; y concibió una obra que, si bien no tan conocida como la *Oda al Niágara*, compite con ella en belleza y, si hurgamos, le encontramos gran actualidad.

“Todo parece por ley universal, aun este mundo tan bello y tan brillante que habitamos, es el cadáver pálido y deforme de otro mundo que fue”, se lee en el poema. Y así ocurrirá, más temprano que tarde, con el imperio que pretende dominarnos y con las ideas imperiales que se empeñan en imponernos un pensamiento único, en levantar muros, en agredir a los que se le enfrentan, y en mantener criminales bloqueos. Porque estamos convencidos de que un mundo mejor es posible; y luchamos por él. Es algo intrínseco a la cultura cubana.

Y así como Heredia vino a México muy joven; muy joven vino también el más universal de todos los cubanos, nuestro Héroe Nacional, José Martí. A México vino, en sus empeños libertarios. En México trabajó, amó, escribió, luchó. Como señalara Herrera Franyutti, defendió a México como un mexicano más; y muy importante, desde aquí vislumbró los peligros que acechaban a Nuestra América desde el Norte y nos alertó sobre ellos. Hizo amistad intensa con grandes exponentes de la cultura mexicana. Fue amigo del pintor Manuel Ocaranza, algunas de cuyas obras se conservan en Cuba. A Manuel Mercado, a quien llamó su hermano queridísimo, escribió esa conocida carta de tanta actualidad, donde expresó con claridad meridiana que todo lo que había hecho hasta ese momento era para impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extendieran por las Antillas los Estados Unidos y cayeran con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América.

Secretario privado y yerno de Benito Juárez, Benemérito de las Américas, el poeta Pedro Santacilia fue otro

⁴ Los Sucesos del Cayo, www.josemarti.cu



representante de la cultura cubana. Desde muy joven se vinculó a las conspiraciones contra el colonialismo español. Por eso fue desterrado. Se estableció definitivamente en México, donde en siete ocasiones fue elegido Diputado al Congreso. Muy significativo resultó el hecho de que ya anciano, cuando Cuba accede a la “independencia”, fue el primero en inscribirse en la oficina consular de Cuba en México, para dejar constancia expresa de su ciudadanía.

A México vino también a hacer revolución y luchar por la dignidad de los cubanos el joven antimperialista Julio Antonio Mella. Hasta aquí lo persiguió la saña del dictador Machado para asesinarlo en 1929, cuando solo tenía 25 años. Fue alumno del poeta mexicano Salvador Díaz Mirón, quien también tuvo de discípulo a otro gran intelectual cubano, Alejo Carpentier. “Muero por la Revolución”, fueron las últimas palabras de Mella al caer asesinado; y qué significación tiene pronunciar esas palabras en México, donde había tenido lugar una Revolución de la magnitud de la mexicana, acontecimiento cultural cimero en los inicios del Siglo XX latinoamericano y caribeño. En la esquina donde lo asesinaron está la pequeña tarja que lo recuerda y a donde los cubanos vamos a rendirle merecido tributo.

En México estuvo varias veces el Poeta Nacional de Cuba, Nicolás Guillén; la primera en 1937, para participar en el Congreso de la Liga de Escritores y Artistas

Revolucionarios de México. En este país publicó dos de sus principales trabajos y conoció a intelectuales de la talla de Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Silvestre Revueltas, entre otros con quienes trabó una gran amistad. El Muralismo mexicano tuvo influencia en la pintura cubana; como también influyeron en nuestra literatura escritores de la estatura intelectual de Juan José Arreola y Juan Rulfo.

A México vinieron también excelentes exponentes de la música cubana como Dámaso Pérez Prado, cuyo centenario celebramos este año; Bola de Nieve, Beny Moré y José Antonio Méndez, entre otros, que dejaron profundas huellas en la tradición musical mexicana. Y en Cuba vivió entre 1915 y 1917, Manuel María Ponce, uno de los creadores del nacionalismo musical mexicano, quien bebió de nuestras tradiciones y compuso la Suite Cubana, de gran belleza y amplia difusión. También hubo un significativo intercambio cultural entre México y Cuba en otras manifestaciones del arte, como el cine y el teatro. Nombres como Pedro Infante, Jorge Negrete y Pedro Vargas, entre otros, están presentes en el imaginario de nuestro pueblo.

Fidel Castro, el más avanzado discípulo de José Martí, vino a México junto a sus compañeros de la Generación del Centenario para preparar la expedición del yate Granma. Al México que había acogido en su seno a todos los cubanos que vinieron a luchar por la independencia, la soberanía y la dignidad de nuestro pueblo. En la calle Emparan número 49 está la pequeña tarja que recuerda el encuentro por primera vez, en 1955, entre los jóvenes revolucionarios Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara. Los dos se han ganado un lugar destacado entre los Héroes de nuestra América, inigualables defensores y promotores de una cultura de independencia, igualdad y fraternidad entre los pueblos.

El pueblo cubano no cejó en su lucha por alcanzar la independencia a lo largo de la primera mitad del Siglo XX. Así lo demuestran las acciones de Julio Antonio Mella, Antonio Guiteras, Rubén Martínez Villena y muchos patriotas más, que ofrendaron sus vidas por la libertad de



Cuba. El asalto al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1953, por parte de un grupo de jóvenes liderados por Fidel Castro, fue el acto heroico que dio inicio a la última etapa de la lucha armada. Después vendrían la expedición del yate Granma que salió de Tuxpan, la lucha en la Sierra Maestra y el triunfo revolucionario del primero de enero de 1959.

A partir de ese momento se recuperó la soberanía nacional y la dignidad plena de los cubanos; se adoptaron las leyes revolucionarias; y se inició un proceso de desarrollo económico y social que nos lleva a proclamar con orgullo los logros alcanzados por Cuba en las últimas décadas, tanto en el plano nacional como internacional.

Es preciso recordar que en ocasión de la llamada Crisis de Octubre, hace ahora 55 años, poco después de haberse declarado la alarma de combate en nuestro país, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba estableció un mecanismo para poner a los escritores y artistas al servicio de la Patria, cuya independencia y soberanía se encontraba seriamente amenazada.⁵ Es que, como señalara el destacado historiador Eduardo Torres Cuevas, “historia y cultura participan de un mismo espacio que no se recrea en el pasado sino que forman parte de un presente en el cual constituyen parte de lo actual cotidiano, de la identidad, de la comprensión de lo que se es porque se sabe de dónde se viene y se encuentra el camino adónde ir.”⁶

Muchos mexicanos ilustres fueron a Cuba después del primero de enero de 1959 para trabajar y enseñar. Baste

⁵ Eugenio Suarez Pérez, *El Arte y la Cultura en Defensa de la Patria*. GRANMA, 25 y 26 de octubre de 2017.

⁶ Eduardo Torres Cuevas, *Espada y Escudo de la Nación Cubana*, CUBADEBATE, 20 de octubre de 2017.

⁷ Jose Martí, *Cartas de Nueva York*, Tilden, Obras Completas, Tomo 13, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

recordar al Doctor Enrique Cabrera, destacado en la cardiología. Uno de los hospitales de La Habana lleva su nombre. O a Alfonso Arau, destacado en las artes escénicas; o a la Doctora Thalía Harmony, destacada en la neurología; o a Rodolfo Reyes, destacado en la coreografía y la danza. La lista sería larga. Todos contribuyeron al desarrollo de Cuba en sus respectivas materias, dejaron sus huellas; y les estamos profundamente agradecidos.

Y esos logros de Cuba, que forman parte de nuestra cultura, se alcanzaron bajo la dirección del líder histórico de la Revolución Cubana, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Fidel nos enseñó que sin soberanía no puede haber cultura. Interpretó como nadie lo que aprendimos de José Martí, que “la madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura”.⁷

El significado del Comandante en Jefe para el pueblo cubano se pone de manifiesto en el homenaje que se le rinde a diario, de forma permanente. Por su propia decisión, no habrá una estatua en Cuba con su imagen; ni ninguna instalación o calle cubana llevará su nombre. El mejor homenaje que le rendimos es el de nuestra actuación diaria, fieles a sus ideales y continuadores de su ejemplo y su obra. Por eso, todos los cubanos decimos con convicción y determinación; conscientes de la responsabilidad que asumimos: “¡Yo soy Fidel!”

Pedro Núñez Mosquera (Santiago de Cuba, 1951). Diplomático cubano. Licenciado en Relaciones Internacionales, Licenciado en Derecho y Doctor en Ciencias Políticas. Profesor Titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales, 2014. Ha publicado varios artículos sobre temas de desarme y seguridad internacional y es autor del libro *Carrera Armamentista. Engendro Made in USA*. Viceministro de Relaciones Exteriores de Cuba entre 2000 y 2004. Ha sido Embajador de Cuba en Zimbabue, Botswana y Mauricio, Brasil y en las Naciones Unidas, Es actualmente Embajador de Cuba en México.